

## LEER Y ESCRIBIR EN UN MUNDO CAMBIANTE

Discurso del Decano de la Facultad de Humanidades y Arte de la Universidad de Concepción

Como Decano de la Facultad de Humanidades y Arte de la Universidad de Concepción, me complace darles la bienvenida a este Congreso Nacional de la Cátedra UNESCO para la lectura y escritura, convocado bajo el sugerente título de “Leer y escribir en un mundo cambiante”.

Leer y escribir en un mundo cambiante: feliz conjunción de términos fecundos: leer, escribir –esto es, parte del ejercicio de la palabra; mundo –instancia de instalación del hombre-; cambio –necesario vaivén de todo mundo-.

Platón sostiene, en una de las tesis del Cratilo, que es preciso saber nombrar las cosas, puesto que ellas tienen una esencia que les es propia y por eso sólo su nombre justo permite referirse adecuadamente a ellas. El nombre será así un instrumento (en tanto remite a algo como su semejante) para conocer apropiadamente la realidad. Esto, al menos, en principio; los nombres, sin embargo –dirá más adelante-, pueden sufrir variaciones con el tiempo, pasando a ser inexactos, o, peor aún, pueden haber nacido erróneamente asignados. ¿Qué hacer frente a esto? Sorprendentemente, Platón concluirá que en el conocimiento hay que partir de las cosas mismas, antes que de los nombres... En otras palabras, pareciera que lo que importa es el fondo del discurso del dialéctico –el que conoce lo existente en su intimidad por haber accedido a la visión directa de los arquetipos- más que el recurso lingüístico del cual se vale... El problema evidente: como sea, debemos recurrir a las palabras (aunque con el trasfondo de la armonía inmutable de las esencias).

Con la irrupción del Cristianismo en el pensamiento occidental, el mito aportó su versión: realizada la Creación, Dios puso ante Adán –todavía humano solitario- a los vivientes todos, para que éste les fuese dando el nombre que considerase adecuado, lo que hizo. Así, lo esencial quedaba establecido para siempre. De algún modo, aquello hizo más patente la soledad adánica, y para constituirlo en alguien para alguien (en un nombre para alguien), de la costilla del varón Dios creó a la varona.

Con los modernos aparecieron (o reaparecieron) otras propuestas: algunos (Bacon, Vico) plantearon la tesis de una construcción histórica del lenguaje –progresando éste desde la representación sonora y actuada de sucesos en la intimidad tribal hasta el lenguaje articulado– sentando su carácter de paulatina construcción humana.

Y resulta, podemos agregar nosotros, que la construcción fundamental del hombre es la de su cultura, es decir, la de su modo peculiar de instalarse en la realidad. Dotado de una naturaleza inacabada, desarraigado de lo meramente natural, desfondado, el hombre debe construirse un fondo, y para tal labor el instrumento principal es el lenguaje. Éste construye la realidad. Y lo hace la re-presentar una *realidad substrato*, esto es, presencias dadas con las que topamos, transformándolas en un *mundo*, en cosas para nosotros, en una realidad *con sentido* para nosotros. El lenguaje da forma a la realidad cultural, al mundo en el que el hombre se desenvuelve. Dicho de otro modo, con el lenguaje se construye una imagen de la realidad física y, a la vez, y en relación con ésta, una imagen del hombre, de sus verdades, creencias, usos, valores. El hombre es lo que es, determinado por sus vínculos con la realidad cultural en la que se apoya. La creación de la realidad posible únicamente a través del lenguaje es también autoconstrucción. De este modo, lo que está en juego con el lenguaje es nuestra manera de ser.

El mundo cultural está constituido por puntos de referencia que son los que nos permiten orientarnos: actuamos de acuerdo a lo que estimamos –como sociedad– que tiene tal o cual grado de certeza, que encierra tal o cual valor, que se acostumbra a ser de este modo o del tal otro. Ahora bien, en esta trama que constituyen los puntos de referencias no hay hebras sin importancia: la variación de alguna de ellas termina afectando a las demás. Al respecto, es interesante contrastar la opinión de Aristóteles con la de Marcuse en relación con las “malas palabras”: mientras el primero buscaba evitarlas en beneficio del orden del discurso, el segundo las convertía en instrumentos de subversión del pensar. Si tal es el valor del impropio ¿qué más pasará con el uso erróneo de los conceptos?

Se piensa en un idioma: si el lenguaje es escaso, el pensamiento es mezquino; si el lenguaje bastardo, el pensamiento es ruin. ¿Cómo remediar las falencias? Quizá, al menos en parte, incrementando la lectura y mejorando la escritura. Esto puede sonar demasiado conservador; hoy estamos viviendo procesos de cambio que exigen cierta elasticidad y no anquilosamiento para poder adaptarse a lo nuevo, se dirá. Bien, se concede: estamos desde

hace mucho en procesos de crisis cultural, en los que el mundo cultural establecido se resquebraja, y las creencias, los valores, los usos, están en continua mutación. El fondo desaparece y se instala el desfondamiento a nivel de sociedades: el individuo, perdidos los puntos de referencias, no sabe a qué atenerse ¿de dónde firmarse si todo es movedizo? Tal vez, a fin de cuentas, esté el lenguaje.

Por medio de aquél puede lograr reorientarnos en los cambios, si en la lengua hay más factores permanentes que cambiantes, la tradición es posible. Y la tradición, si bien en tanto *tradire* es traspaso de algo constante, en tanto traspaso es ya cambio: no son uno mismo el que da y el que recibe, pertenecen a circunstancias distintas, son construcciones culturales, ya más, ya menos, diversas. La lengua puede ser, en un mundo cambiante, factor de variación armónica. Pero si ella misma se nos escapa de las veleidades del cambio, estaremos ingresando a Babel.

Pero en fin, ustedes son los indicados para hacer los honores al lema de la convocatoria de este Congreso: una vez más, simplemente, sean bienvenidos.

Patricio Oyaneder Jara